

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Las disputas interburguesas y la movilización de masas en Latinoamérica en las últimas dos décadas.

Bruneto, Luís.

Cita:

Bruneto, Luís (2009). *Las disputas interburguesas y la movilización de masas en Latinoamérica en las últimas dos décadas. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1206>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Las disputas interburguesas y la movilización de masas en Latinoamérica en las últimas dos décadas

Luis Brunetto

Introducción

“En muchos de los países latinoamericanos, la ascendente burguesía nacional, buscando una mayor participación en el botín y aun esforzándose por aumentar la medida de su independencia –es decir, por conquistar la posición dominante en la explotación de su propio país– es cierto que trata de utilizar las rivalidades y conflictos de los imperialistas extranjeros con este fin. Pero su debilidad general y su retrasada aparición les impide alcanzar un más alto nivel de desarrollo que el de servir a un amo imperialista contra otro. No pueden lanzar una lucha seria contra toda dominación imperialista y por una auténtica independencia nacional por temor a desencadenar un movimiento de masas de los trabajadores del país, que a su vez amenazaría su propia existencia social”

Trotsky, León: “La política de Roosevelt en América Latina” (1938)

El concepto de revolución permanente fue formulado por Trotsky de muchas maneras (siempre con un rigor lógico y en un sentido de profundización), desde *Resultados y perspectivas* (1904) hasta *La revolución permanente* (1929), e incluso después. Nacida como idea sobre la incapacidad de la burguesía rusa para llevar hasta el final las tareas democráticas contra el zarismo, se desarrolló (mediada por la teoría leninista del imperialismo) hasta convertirse en una teoría sobre la imposibilidad de la burguesía nacional para realizar las tareas de la independencia nacional y el desarrollo capitalista, y la necesidad de que tales tareas sean cumplidas por la revolución proletaria. Esa imposibilidad se expresa, según Trotsky, en las maniobras que conducen de una política que se apoya en la clase obrera y resiste al imperialismo, hacia la política contraria.

Sin embargo, generaciones enteras de revolucionarios fueron educados en la idea de una burguesía nacional “idealizada”, impuesta por el stalinismo a la III Internacional después de la muerte de Lenin y la derrota de Trotsky. Según esta idea, las burguesías nacionales son antiimperialistas, progresistas, y hasta pueden pagar buenos salarios, por lo que las clases obreras deben unirse a ellas en frentes populares antiimperialistas con el objetivo de desarrollar el capitalismo independiente. El partido proletario, los partidos

comunistas, se vuelven así agentes del utópico proyecto de desarrollo capitalista independiente en las semicolonias.

Esa burguesía nacional inventada por el stalinismo, sin embargo, jamás ha existido. Nuestra burguesía nacional es tan “mala” y tan explotadora como la imperialista, sólo que tiene con ella una diferencia clave: la de pretender reservarse para sí la explotación de sus propias clases trabajadoras. Esa es la medida de su nacionalismo, y no hay que buscar ninguna otra. Por eso, según las condiciones históricas, las burguesías nacionales oscilan como un *péndulo*, usando la expresión de Trotsky, acercándose o alejándose del imperialismo.

Es contra estos atributos inexistentes de la burguesía nacional contra los que generalmente se polemiza. Es decir: contra la nada. Y como no existe clase alguna con tales atributos inventados por Stalin, se concluye que tal clase no existe. Y efectivamente: la burguesía nacional que embelleció Stalin no existe ni existió nunca. Pero eso no significa que la burguesía nacional no exista o haya dejado de existir, ni que, sobre la base de ciertas condiciones históricas pueda aplicar una política de disputa con el imperialismo.

Esta discusión mantiene su vigencia e, incluso, puede decirse que se ha vuelto más necesaria en la medida en que los regímenes “neonacionalistas” de América Latina y del medio Oriente, apoyados en la lucha heroica de las masas, han resistido los embates del imperialismo. Pero tales regímenes burgueses han contado hasta ahora, como un elemento básico de su estabilidad política, con una serie de ventajas económicas que les han permitido sostenerse sin avanzar más allá de los límites sociales del régimen capitalista.

Pero la bonanza no podía ser eterna: la crisis mundial del capitalismo amenaza directamente las perspectivas de los intentos de desarrollo burgués nacional. Ahora, para sostener el rumbo, sólo queda la profundización de la movilización de las masas y la extensión de su control sobre el sistema político. ¿Estarán estos regímenes dispuestos a estimular estos elementos, profundizando su antiimperialismo y cuestionando los límites del régimen social?

Imperialismo y revolución permanente

La supresión por la revolución proletaria del poderío colonial de Europa, derribará profundamente al capitalismo europeo. La revolución proletaria y la revolución colonial deben coincidir así, en la culminación victoriosa de la lucha

Tesis y adiciones sobre la cuestión nacional y colonial
II Congreso de la Internacional Comunista- 1920

Entre los mecanismos que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, Marx señala entre varios otros, al comercio exterior¹. En su análisis de la cuestión, desmenuza el problema fundamentalmente en el terreno comercial y del intercambio entre “metrópolis” y “colonias”, lo cual se explica por el hecho de que la economía capitalista se hallaba aun en su fase de libre competencia, y la inversión directa de capital en los países atrasados aun era incipiente. A pesar de esto, Marx señala lo siguiente:

“...los capitales invertidos en las colonias, etc.; pueden arrojar cuotas más altas de ganancia (...). No es posible comprender por que las elevadas tasas de ganancia que obtienen así y retiran a sus metrópolis los capitales invertidos en ciertas ramas de la producción no entran, aunque no haya monopolios que se opongan a ello, el mecanismo de nivelación de la cuota general de ganancia, contribuyendo, por tanto, a elevar proporcionalmente esta cuota.”²

De lo que Marx dice resulta evidente que los capitales de los países avanzados afluyen hacia los países atrasados en busca de tasas de ganancia más elevadas. Cuanto mayor sea el nivel de caída de la tasa de ganancia en las economías avanzadas, mayor será el interés de esos capitales por volcarse al mundo atrasado. De este modo, se trata de

¹ Marx, Karl: *El capital. Crítica de la economía política*, Cap. XIV, Volumen III, FCE, México, 1973.

² *Idem*: pág. 237.

compensar los efectos de la depresión progresiva de la tasa de ganancia aunque no se logre por esta vía elevarla.

En este capítulo de su obra, Marx todavía da mayor importancia a los beneficios que se obtienen del intercambio de mercancías que a los que se obtienen de la explotación directa de las colonias y semicolonias, que seguramente tenían aun un carácter excepcional. Esto cambia con el surgimiento del imperialismo que es, justamente, la fase del capitalismo en que los beneficios que se obtienen de la exportación de capital, y no del intercambio de mercancías, pasan a predominar entre los medios de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia a través del “comercio exterior”. Puede decirse incluso, que la exportación de capital (que no es estrictamente comercio exterior) se convierte en sí misma en uno de esos mecanismos.

La generalización de este mecanismo tuvo su expresión concreta en el desarrollo de la inversión extranjera desde finales de la segunda mitad del siglo XIX. La caída de la tasa de ganancia (consecuencia del aumento de la composición orgánica y del consecuente proceso de concentración y centralización de los capitales), produjo volúmenes cada vez más grandes de capital sobrante que, inactivo, se desvalorizaba, y que encontraron salida en los países atrasados y las colonias. El efecto fue la transformación de capital en proceso de desvalorización por su inactividad, en capital *en funciones* y, por esa razón, en sus inicios, el capitalismo imperialista representó un desahogo y un ensanchamiento de las posibilidades de crecimiento en los países avanzados. Pero en su desarrollo, el imperialismo supondrá una influencia depresiva u obstaculizadora del *desarrollo económico mundial*, que se expresa en sus tendencias a la descomposición social:

“Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición excluye el rápido crecimiento del capitalismo (...). En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es, en general, cada vez más desigual, sino que su desigualdad también se manifiesta, en particular, en la descomposición de los países de mayor capital (Inglaterra)”³.

Es que, en tanto mecanismo de respuesta global al problema de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, *el imperialismo subordina el desarrollo de las fuerzas*

³ Lenin, V.I.: *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1966, pgs. 153 y 154.

productivas mundiales a la compensación de tal caída. Es esto lo que da al capitalismo imperialista el carácter de fase final del régimen capitalista, carácter señalado por Lenin. La medida de este fenómeno no puede encontrarse en los índices económicos, donde se la ha buscado tradicionalmente⁴.

De aquí que la penetración del capital imperialista en los países atrasados, de acuerdo a su grado de influencia en la economía nacional, obstaculice, deforme y limite el desarrollo económico a la satisfacción de esta necesidad suya. Al trabarse el desarrollo económico en los países imperialistas, y con el fin de compensar las consecuencias de esta traba, el capitalismo imperialista *globaliza los efectos de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia mucho antes de que las economías atrasadas alcancen la fase monopolista, e impide, parafraseando a Marx, sacar de cada economía capitalista atrasada “todas las fuerzas productivas que caben dentro suyo”*. Es decir: impide el desarrollo del propio capitalismo en toda su amplitud y a la vez, contradictoriamente, desarrolla el capitalismo del único modo posible, reproduciendo constantemente las condiciones de la brecha que determina el atraso. De este modo, el capital concluye su ciclo histórico progresivo. De agente del desarrollo de las fuerzas productivas y de la industrialización del mundo, se convierte en obstáculo de su desarrollo *en los países atrasados y, por lo tanto, de la potencialidad productiva general del trabajo humano.*

⁴ Mandel es el autor de la idea de que el capitalismo imperialista ha dado lugar, en la segunda posguerra, al *capitalismo tardío* que, aunque es una fase de decadencia, continúa desarrollando las fuerzas productivas. A nuestro juicio, las conclusiones de Mandel están hechas sobre la base de este criterio estrecho, que termina en una absolutización de la sociedad capitalista y olvida su carácter histórico relativo, lo que lleva a conclusiones políticas reformistas. Este concepto de Mandel fue tomado incluso por tendencias posmodernas. Mandel, Ernst: *El capitalismo tardío*, Siglo XXI, México, 1972

Revolución permanente y burguesía nacional

El mecanismo que hemos descrito en el apartado anterior constituye la base económica en la que se apoya el concepto de revolución permanente: los agentes sociales naturales del desarrollo capitalista en los países atrasados, las burguesías nacionales, chocan contra el carácter imperialista que el desarrollo de los monopolios impone al capitalismo mundial, en un choque que expresa tanto la impotencia particular de las burguesías atrasadas como la impotencia general del capitalismo imperialista, y que sólo puede ser resuelto progresivamente rebasando los límites del régimen social, por la clase obrera.

De esa afirmación se deduce la idea de que la burguesía nacional, en la época imperialista, *es incapaz de realizar la revolución burguesa en cualquiera de sus formas*⁵. Por eso, la revolución burguesa en un país atrasado debe transformarse en revolución proletaria. En relación a esta cuestión, la teoría de Trotsky *describe el papel que juegan en el mecanismo de la revolución burguesa la clase obrera y la burguesía del país atrasado*. Es de las condiciones en que se produce y se desarrolla *la revolución burguesa en la época del imperialismo* que brota y se desarrolla su *carácter proletario*.

Sin embargo, esta incapacidad que Trotsky señala como rasgo general de las burguesías atrasadas, no se da, desde su punto de vista, *de una vez y para siempre*. La incapacidad burguesa para desarrollar a fondo las tareas del desarrollo capitalista nacional independiente, tiene un carácter histórico. Desde la aparición del nacionalismo burgués en los países atrasados, en principio, la burguesía nacional se enfrenta al imperialismo para luego someterse. Su incapacidad para enfrentarlo *se revela históricamente, en el curso de las luchas políticas antiimperialistas*.

Este fenómeno asume la forma histórica de un movimiento pendular, en cuyos extremos se hallan la clase obrera del país oprimido y el imperialismo. En la medida en que ejerce un control político sobre la clase obrera, la burguesía nacional se apoya en el

⁵ Por arriba, como en Alemania y Japón, o por abajo, como en el resto de las potencias imperialistas. La debacle de los tigres asiáticos es tal vez el ejemplo más contundente de la veracidad de esta afirmación.

proletariado para resistir al imperialismo⁶ y, luego, cuando la movilización de las masas amenaza su dominio de clase, deserta. Esta curva es la que ha sido descripta por las burguesías nacionales latinoamericanas en lo que podríamos llamar el “ciclo populista”⁷, desde los '40 a fines de los '80 (con diferencias según el país). Como señalaba el propio Trotsky:

*“Es evidente que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino **porque sufre la presión de sus intereses de clase**. Después, por temor a las masas, abandona la revolución o manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. **Pero no puede pasar definitivamente al bando de la contrarrevolución**, es decir, liberarse de la necesidad de ‘sostener’ de nuevo a la revolución o, al menos de coquetear con ella, más que cuando (...) logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase”⁸*

Pero cuando una burguesía nacional ha alcanzado un grado de desarrollo determinado, que le exige insertarse en el mercado mundial para continuar su crecimiento, y necesita volcarse hacia el imperialismo, del que debe obtener financiamiento y tecnología, estos zig-zags pueden adquirir el carácter de maniobras y virajes más profundos y duraderos. Esos virajes son comandados y expresan el interés de las fracciones de la burguesía nacional *que han alcanzado grados de concentración que, en algunos casos, llegan a ser la base de empresas multinacionales*, y que provocan incluso la destrucción de franjas enteras de la burguesía media y pequeña. Un viraje de este tipo es el que describió la burguesía latinoamericana al final del ciclo populista, y que ha sido interpretado como un sometimiento definitivo del capital nacional al capital imperialista. Si esto fuera así, la revolución permanente debería ir a parar al tacho de los deshechos del mundo “pre- posmoderno”.

⁶ Esto explica porque, a excepción de China, el nacionalismo burgués no se desarrolló en el Oriente del modo en que lo hizo en Latinoamérica y los países arabes. La influencia de la III Internacional fue allí muy temprana, mientras que en Latinoamérica, su influencia de masas fue mucho más reducida, por lo que el nacionalismo burgués (además de los gruesos errores tácticos que en muchos casos cometió la izquierda) pudo ejercer un control mucho mayor sobre el movimiento obrero. En China, Trotsky sostenía que había sido la política de Bujarin y Stalin la que había permitido al nacionalismo burgués chino desarrollarse.

⁷ Y también la burguesía rusa en la revolución de 1917, según afirma Trotsky en *Stalin, el gran organizador de derrotas. La III Internacional después de Lenin*, El Yunque Editora, Buenos Aires, 1974.

⁸ *Idem*: pág. 236. La negrita es de Trotsky.

Pero desde fines de los '90, la ruina de las economías que constituyen su base de crecimiento y el marcado predominio de los monopolios imperialistas dentro de ellas, han obligado a varias burguesías a virar nuevamente en sentido inverso. Eso es así porque esas maniobras de la burguesía nacional se realizan por la “*presión de sus intereses de clase*”, que Trotsky resume del siguiente modo:

*“...la creación de un mercado interior único y su protección contra las mercancías extranjeras de precio inferior constituye una cuestión de vida o muerte (Para la burguesía nacional. N.del A.), la segunda en importancia después del mantenimiento de su dominación sobre el proletariado y los campesinos pobres”*⁹

De manera que, para él, los intereses de clase que determinan la política de la burguesía nacional son, en orden de jerarquía: 1, mantener su dominio social y político y 2- subsistir frente a los monopolios imperialistas. Ninguna clase social se suicida y, si bien en términos sociológicos generales la burguesía es una clase única, en términos históricos concretos, *cada burguesía es una clase diferente*. Las burguesías nacionales de los países atrasados se encuentran sometidas al peligro de la revolución proletaria, pero también y decisivamente, *a la posibilidad de ser fagocitadas por el capital extranjero* y, si la resolución de este problema no es el punto principal de su programa es porque su solución está indisolublemente y “permanentemente” ligada a *la liberación definitiva del dominio imperialista, que exige un grado de movilización de las masas que limitaría su propio dominio político, e impediría a la burguesía nacional gozar acabadamente de sus beneficios*. Por eso, la burguesía nacional no puede llevar hasta el final la movilización antiimperialista, y se ve obligada a moverse entre estos dos extremos. Pero, una vez que la política de asociación (o de sometimiento, si se quiere) al imperialismo, amenaza con hacerla desaparecer definitivamente, ¿por qué no habrían las burguesías nacionales de ejecutar nuevamente una maniobra hacia una política de disputa con él?

⁹ *Idem*, pág. 237.

La revolución permanente y el proceso histórico en el S XX

Si tomamos como premisa la teoría leninista del imperialismo, tenemos que aceptar que la aparición del capitalismo imperialista marca el límite posible del desarrollo en los países atrasados. Con él se traza la línea que arroja a las burguesías de los distintos países al campo del atraso o de la vanguardia en el desarrollo económico. Aunque haya sido enunciada por León Trotsky y su “primera formulación”¹⁰, anterior a las conclusiones de Lenin, sólo sobre la base de esta premisa leninista cobra sentido la idea básica en que se apoya la teoría de la revolución permanente: la burguesía nacional en la época imperialista es incapaz de cumplir las tareas del desarrollo capitalista. La revolución burguesa sólo puede triunfar bajo la dirección del proletariado revolucionario.

La insuficiencia del desarrollo capitalista nacional es un fenómeno relativo al grado de desarrollo alcanzado por unas naciones u otras, que determina su ubicación en el mercado mundial y su carácter de naciones avanzadas o atrasadas. La causa fundamental del atraso en el desarrollo capitalista en una nación dada es la influencia del capital imperialista. Una vez que este penetra dentro de las fronteras nacionales del país atrasado, todo el desarrollo ulterior de la economía nacional estará marcado y condicionado por él. En ciertas sociedades, en las que el proceso de acumulación del capital ni siquiera se había iniciado, él se transformó en el agente directo del desarrollo capitalista. En esas sociedades, la burguesía que surgió fue un producto directo de la influencia imperialista, y los lazos que la unen a ella son tan poderosos que resulta muy difícil hablar de diferencias entre burguesía nacional e imperialismo. En otros casos, más extremos, la propia aparición del estado nacional es una creación artificial del imperialismo.

Pero las sociedades capitalistas atrasadas que se apoyan en este tipo de desarrollo no son, sin embargo, las que predominan y, aun en ellas, el desarrollo del capitalismo crea condiciones para la diferenciación de intereses entre capital nacional y capital

¹⁰ Fue hecha por Trotsky en 1904 en el folleto *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución.*

imperialista¹¹. Lo normal es que el capital imperialista haya penetrado en sociedades que ya habían iniciado su propio desarrollo capitalista, y que en ellas surjan contradicciones entre este y el capital nacional. La expresión política de esas contradicciones son los movimientos nacionalistas burgueses y, su aparición, la primera gran prueba a la que la historia sometió al concepto de revolución permanente. La idea de que las burguesías nacionales no jugarían ningún papel independiente en la contienda revolucionaria entre proletariado, caudillo de la nación, e imperialismo, era desafiada por el surgimiento de estos movimientos.

Pero la revolución permanente resistió la prueba. En China, el Kuomintang desertó de la lucha antiimperialista ante la presión de la clase obrera y el campesinado ganados por el Partido Comunista, y su nacionalismo se redujo, desde su refugio taiwanés, a apoyarse en un imperialismo contra otro, y a usufructuar ante todos ellos su papel de “freno” a la expansión del comunismo. Desde el triunfo comunista chino, las luchas de liberación nacional en el sudeste asiático se tiñeron de rojo y, allí donde se alcanzó el triunfo, como en Vietnam, fue bajo la bandera del partido Comunista.

También en el mundo árabe y en Latinoamérica el concepto de revolución permanente resistió los embates de la historia. Los regímenes burgueses antiimperialistas de los años ‘40 a los ‘70, fracasaron en sus aspiraciones de alcanzar el desarrollo capitalista independiente, aun en aquellos casos (como el nasserismo), en que estuvieron dispuestos a aliarse con la URSS y se apoyaron en movilizaciones de masas de una magnitud gigantesca. La solitaria Cuba, en América Latina, aportaba una nueva prueba de que sólo el triunfo de la revolución proletaria y la aplicación de un programa de transición al socialismo podían llevar hasta el final las tareas de la independencia nacional.

Desde los años ‘70, y luego del fracaso de estos programas de capitalismo independiente, varias burguesías nacionales viraron hacia una política de asociación con el imperialismo. Tal viraje se desarrolló con especial profundidad en Latinoamérica, donde el capital imperialista aumentó decisivamente su influencia en la economía a expensas, principalmente, de las empresas del estado, pero también del capital privado de origen nacional. La incapacidad de la burguesía nacional para dirigir la revolución burguesa

¹¹ Como Panamá, donde en un estado creado directamente por el imperialismo, se desarrolló una burguesía que apoyó el proyecto torrijista.

parecía haber conducido a su sumisión definitiva y a su “absorción” por el imperialismo, a la desaparición de cualquier tipo de roce o disputa (ni siquiera la más mínima) con él. Así, la advertencia que Trotsky hacía a los revolucionarios del mundo en su crítica a la política stalinista para la revolución china, parecía perder todo sentido:

“...proclamar que la burguesía china se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución, es preparar una vez más a los comunistas chinos nuevas ocasiones de desconcierto frente a los futuros cambios objetivos y las maniobras hacia la izquierda que efectuará inevitablemente la burguesía china”¹².

La aplicación de la política “neoliberal” y la apertura salvaje de la economía a la competencia internacional, sin embargo, parecía desmentir a Trotsky.

¹² Trotsky, León: *Stalin, el gran organizador de derrotas. La III Internacional después de Lenin*, El Yunque Editora, Buenos Aires, 1974, pgs. 237 y 238. El hecho de que el trabajo en el que esta frase esta inserta sea una crítica a la política de sometimiento de Bujarin y Stalin al nacionalismo burgués chino, demuestra que Trotsky le daba la mayor importancia a dejar clara su posición frente a esta cuestión.

Las crisis en el mundo atrasado y las burguesías nacionales

Pero ya desde fines de la década del '90, comenzaron a aparecer en los países atrasados regímenes que rechazaban la política económica neoliberal sin por supuesto salir de los límites del capitalismo. Tales regímenes se desarrollaron en el marco del ciclo de crisis nacionales en los países atrasados, que se inició con la llamada crisis del Tequila en 1995. Los orígenes de estas crisis deben buscarse en la crisis previa del capitalismo imperialista que, gracias a las guerras mundiales y al abandono de la política de revolución mundial por el stalinismo, había alcanzado un nuevo equilibrio en la segunda posguerra, *apoyado en la desvalorización del capital europeo y japonés*¹³ y en el predominio absoluto de la economía yanqui. El imperialismo obtuvo, así, una especie de período de sobrevida artificial que, sin embargo, no duraría más que hasta fines de los años '60. El retorno de Europa y Japón al mercado mundial anuló esas condiciones excepcionales, la tasa de ganancia volvió a retomar su camino descendente¹⁴ y el capital imperialista debió volcarse furiosamente hacia el mundo atrasado, inaugurando el ciclo del endeudamiento eterno y de la expansión a escala mundial de lo que Marx llamaba *capital ficticio*, dinero que engendra dinero.

La gran oleada de inversión imperialista en búsqueda de valorizarse sobre la base de este mecanismo usurario, fue la causa del fenomenal endeudamiento externo del mundo atrasado. El imperialismo empapeló el mundo con su capital sobrante, reciclando en parte los “petrodólares” de las burguesías árabes. Ese endeudamiento fue luego canjeado, en un proceso que constituyó una verdadera estafa, por recursos naturales y servicios públicos,

¹³ Gunder Frank, Andre: *La crisis mundial*, Volumen I, Bruguera, Barcelona, 1980. La desvalorización del capital es otro de los mecanismos que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia.

¹⁴ Ver Mandel, Ernst: *La crisis. 1974- 1980*, Era, México, 1980, entre otros.

llevando al imperialismo casi al límite de la colonización directa¹⁵, y sin que se aliviara siquiera el peso de la deuda. Sin embargo, este verdadero saqueo no pudo sacar a las economías de los países avanzados del estancamiento o del crecimiento lento que es una de las causas de la crisis actual¹⁶. Marca, entonces, también, una crisis del propio mecanismo imperialista.

Las crisis económicas de fines de los '90 se explican, desde nuestro punto de vista, como crisis de estos mecanismos de saqueo de las economías de los países atrasados. Ha sido el modo particular en que estas economías se hallaban vinculadas al imperialismo lo que ha determinado la forma en que estas crisis detonaron (crisis monetarias, de endeudamiento, etc.), *pero ha sido su naturaleza general de semicolonias su base fundamental*. Esta seguidilla ha mostrado la impotencia de las economías capitalistas atrasadas a la hora de cumplir su función fundamental en el capitalismo imperialista: la provisión de recursos económicos extraordinarios con que mitigar los efectos de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia¹⁷. *Expresaron así la rebelión de las fuerzas productivas de los países atrasados frente al saqueo imperialista, que impedía su desarrollo y, en algunos casos, las ponía al borde de la desaparición*.

Pero si bien estas crisis constituyen la base material del viraje heterodoxo de los gobiernos burgueses nacionales, el factor subjetivo en que se apoya tal viraje es la voluntad de lucha de las masas. Muchas de estas crisis han dado origen a rebeliones populares (Indonesia, Argentina, Bolivia, Ecuador) cuyo rasgo característico es la ausencia de tendencias revolucionarias de masas que puedan constituir una alternativa política. Eso permitió a las burguesías nacionales desafiar al imperialismo sin que esto implicara riesgos, al menos en lo inmediato, de debilitar su propio dominio político y social. Desde el punto

¹⁵ No hay que creer que el concepto de Lenin sobre el imperialismo excluye la colonización, como ocurre en la ex Yugoslavia, Afganistán o Irak. Por el contrario, esta tendencia se acrecienta según él, con su desarrollo: “Cuanto más desarrollado está el capitalismo, cuanto mayor es la fuerza con que se siente la escasez de materias primas, tanto más dura es la competencia y la cacería por fuentes de materias primas en todo el mundo, tanto más encarnizada es la lucha por la adquisición de colonias”. *Op. cit.*, pág. 102.

¹⁶ Ver, por ejemplo, Beistein, Jorge: *La larga crisis de la economía global*, Corregidor, Buenos Aires, 1999. Japón y Europa estuvieron estancados durante los '90, EEUU creció más pero sufrió recesiones. La depreciación del dólar respecto al euro es un indicador, sin embargo, de que el crecimiento yanqui es más ficticio que el estancamiento europeo, pues supone una desvalorización del capital social del primero en relación al segundo.

¹⁷ Ver Katz, Claudio: “Las crisis recientes en la periferia”, en *Realidad Económica*, N° 183, octubre-noviembre de 2001.

de vista de sus intereses de clase, tales condiciones les permitieron apoyar a gobiernos que procuran “...resistir al capital extranjero”, como señalaba Trotsky¹⁸.

Pero la crisis mundial representa el fin de esas condiciones. En el mundo atrasado y, especialmente, para América Latina, la crisis tiene como consecuencia inmediata la salida de capitales que afluyen, en condiciones como las actuales, a las economías “seguras”. Además, el enfriamiento de la economía mundial tenderá a provocar una baja en el precio actual de las materias primas y los “commodities”. Los proyectos de desarrollo que intentan las burguesías nacionales de la región se apoyan, justamente, en esa combinación que permitió elevados superávits comerciales y el ingreso “controlado” de capital extranjero. La crisis actual pone en cuestión los pilares económicos mismos de ese proyecto, y la idea de que las burguesías atrasadas puedan dirigir las tareas de la industrialización y el desarrollo nacional y regional que es su expresión ideológica.

¹⁸ Trotsky, León: “Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista”, en *Escritos Latinoamericanos*, CEIP León Trotsky, Buenos Aires, 1999, pág. 162.

Las disputas interburguesas y la movilización de masas

Analicemos el caso de los gobiernos que, en palabras de Trotsky, procuran “...resistir al capital extranjero” en América Latina. La característica común a estos gobiernos es que todos ellos son hijos de la movilización de masas. En el caso de Ecuador y Bolivia, el ascenso de Correa y Morales es un producto directo de la movilización de las masas contra el neoliberalismo y del derrocamiento de gobiernos que representaban tal política económica o pretendían continuarla. En Venezuela, el poder del chavismo sólo se consolidó con la movilización de masas que derrotó el golpe reaccionario de 2002. En el caso argentino, el elenco gobernante actual es el resultado de la respuesta de una fracción de la burguesía a la rebelión popular de diciembre de 2001.

Todos estos procesos se caracterizan, además, por el estallido del sistema tradicional de partidos y por la consecuente crisis de las estructuras políticas que expresaron y promovieron el ciclo populista y que se volvieron luego vehículos de la política económica neoliberal. Tal fue el caso de la socialdemocracia venezolana y ecuatoriana, del MNR boliviano y del peronismo en la Argentina. Sobre esa base es que surgieron liderazgos personales alrededor de los cuales se desarrolla el proceso político, y que se apoyan en alianzas políticas complejas e inestables. La excepción es el MAS boliviano, partido surgido, de las luchas de los campesinos cocaleros en los '90 y en el que, de todos modos, el liderazgo personal de Morales es decisivo.

La importancia fundamental de estos liderazgos en estos procesos políticos y sociales, es expresión del carácter bonapartista de los gobiernos que constituyen. Como tales, representan *el interés general de la burguesía por desarrollar el capitalismo*

nacional, que choca con el interés particular de las distintas fracciones burguesas que prefieren, alcanzado cierto grado de estabilidad política y económica, asociarse nuevamente al capital imperialista sacrificando el desarrollo nacional. Es decir: aplican un programa cuyo contenido representa los intereses de una clase que se niega, a su vez, a impulsarlo:

“Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado y en especial de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado”¹⁹

Tal líder es, por definición, un líder burgués. En las características personalistas de su liderazgo se encuentra el límite a la influencia de las masas. Gracias a ello, mantiene el control del proceso dentro de los límites del régimen capitalista a la vez que capitaliza el apoyo de los trabajadores no sólo contra el imperialismo, sino también contra las fracciones burguesas que se niegan a apoyar el programa burgués nacional. Pero en la medida que mantiene el programa de desarrollo burgués nacional está asumiendo la función que debe cumplir la clase obrera y se aleja cada vez más de la clase cuyo programa ha venido a aplicar. El utopismo implícito en el programa nacionalista burgués lo dejan “pedaleando en el aire” y lo obligan a enfrentarse a una serie de opciones ineludibles: el abandono de los fines propuestos, la capitulación (Perón en 1955), o la continuidad y profundización del programa antiimperialista. La crisis mundial, en la medida en que implicará la interrupción de los procesos de crecimiento económico de los últimos años, volverá más acuciantes las respuestas a tales encrucijadas. Y esas respuestas, a su vez, son las que marcarán el futuro de sus relaciones con el movimiento obrero y el movimiento popular en general.

En lo inmediato, tal es el caso del kirchnerismo, cuya política económica se apoyó en un acuerdo entre las fracciones burguesas nacionales para resistir su liquidación a manos del capital imperialista, con la movilización de masas como trasfondo. Esa política tiene como requisito imprescindible el superávit fiscal, alimentado en gran medida por la captación estatal de una importante porción de la renta agraria. Fue tal política la que desató el conflicto interburgués alrededor de la intención del gobierno de imponer retenciones diferenciales. Porque, efectivamente, lo que aquí estuvo en juego es *a que proyecto burgués*

¹⁹ Trotsky, León: *La revolución permanente*, El Yunque Editora, Buenos Aires, 1973, pág. 167.

subsidia el proletariado rural argentino, verdadero creador de los valores que se apropian como ganancia y como renta capitalistas y pequeños propietarios agrícolas.

Efectivamente, gracias a estos enormes ingresos fiscales el gobierno ha llevado adelante una política que busca financiar la construcción de un empresariado nacional sobre la base de la captación de una fracción cada vez mayor de la renta agraria. El espectacular ritmo de crecimiento que vivió el país entre el 2003 y el 2008 se basó en el aumento del valor de las exportaciones agrícolas y agroindustriales combinadas con la reducción del valor de la fuerza de trabajo argentina en relación con el mercado mundial. La política de subsidios a la burguesía (que incluye, por supuesto, una buena cantidad de negociados) ha sido posible sólo después de la licuación de los salarios reales en relación al mercado mundial como consecuencia de la devaluación. Esta ha sido la verdadera y primera clave de la reconstrucción industrial y de la producción agraria, al aumentar la tasa de ganancia del empresariado. En la porción de ese valor que ha captado el estado burgués por distintas vías, entre ellas las retenciones, se encuentra la explicación a las soluciones provisionarias alcanzadas en distintos frentes económicos. La consecuencia de esta política ha sido la reducción de la desocupación combinada con el mantenimiento o incluso el incremento de la superexplotación de la clase obrera.

Pero tal esquema, basado en el retraso permanente del salario como mecanismo para mantener o ensanchar la tasa de ganancia, exige que el valor de los medios de vida que lo constituyen se mantenga dentro de límites que hagan posible mantener el consenso (pasivo por supuesto) de la clase obrera o, cuando menos, su simple subsistencia. La viabilidad política del esquema exige evitar que los precios se disparen. No hace falta explicar como las retenciones ponen freno al crecimiento de los precios. Lo importante de esto es entender que aquí chocan los intereses de los sectores agrario e industrial de la burguesía. Para la fracción industrial era imprescindible mantener bajo el valor de los “bienes- salario” para evitar justamente que esa variable se dispare; para la fracción agraria, que emplea poca mano de obra superexplotada, tal problema no es decisivo en el corto plazo y, en sus fracciones más atrasadas, mantener la masa de las ganancias extraordinarias actuales es indispensable no tanto para “disfrutar” de ellas como para crecer como productores capitalistas.

Lo que quedó al descubierto, pues, en el conflicto entre el gobierno y el campo es el fin de la alianza de clases en que se apoyó la salida burguesa a la crisis de 2001. Detrás de la quiebra del frente que sostuvo al kirchnerismo en estos años se esconde la impotencia histórica del capitalismo nacional para dar el salto en sentido capitalista y dejar atrás el atraso. La atrasada burguesía argentina no pudo aprovechar las extraordinarias condiciones mundiales que se le presentaron para desarrollar el país sobre la base de su régimen social: las contradicciones internas entre sus fracciones son tan acentuadas que se lo impidieron. Y estas contradicciones internas no son casuales, sino estructurales, producto y a la vez causa del desarrollo semicolonial del capitalismo en el país.

Ahora bien: ¿el proceso finaliza con la pérdida del apoyo de la fracción agraria de la burguesía nacional? No parece ser así. Como respuesta al conflicto con el campo, el gobierno ha intensificado su alianza con la CGT, que ha aumentado su influencia en el kirchnerismo (tal cosa expresa, por ejemplo, la conformación de las listas de diputados). En cualquier caso, pero más con la crisis mundial como marco, tales señales son preocupantes para la fracción industrial. El reciente episodio vinculado a las nacionalizaciones de empresas del grupo Techint por parte de Chávez ha mostrado un descontento muy profundo entre la burguesía industrial. Antes que esto, un capitalista extranjero (Cristiano Rattazzi de FIAT) ha formulado críticas al gobierno kirchnerista que parecen expresar los deseos de amplias porciones de industriales. El reclamo de una devaluación como salida a los efectos de la crisis económica mundial constituye el primer punto del programa de toda la burguesía nacional, y los industriales, que ya han sacado del programa de “reconstrucción de la burguesía nacional” todo lo que podían obtener de él, son sus primeros defensores. Tal salida representaría un enorme golpe al salario real y la elevación automática de la tasa de ganancia.

Para satisfacer tal reclamo, los capitalistas agrarios han dado la señal de largada, pero los capitalistas industriales no tardarán en seguirlos. El kirchnerismo, independientemente del resultado electoral, comenzará a sentir el vacío bajo sus pies y, se sabe, la naturaleza rechaza el vacío.

Bibliografía

Beistein, Jorge: *La larga crisis de la economía global*, Corregidor, Buenos Aires, 1999.

Gunder Frank, Andre: *La crisis mundial*, Volumen I, Bruguera, Barcelona, 1980.

Katz, Claudio: “Las crisis recientes en la periferia”, en Realidad Económica, N° 183, octubre- noviembre de 2001.

Lenin, Vladimir Ilitch: *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1966

Mandel, Ernst: *El capitalismo tardío*, Siglo XXI, México, 1972
La crisis. 1974- 1980, Era, México, 1980.

Marx, Karl: *El capital. Crítica de la economía política*, Cap. XIV, Volumen III, FCE, México, 1973

Trotsky, León: *La revolución permanente*, El Yunque Editora, Buenos Aires, 1973.

“Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista”, en *Escritos Latinoamericanos*, CEIP León Trotsky, Buenos Aires, 1999
Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución. El Yunque Editora, Buenos Aires, 1973

Stalin, el gran organizador de derrotas. La III Internacional después de Lenin, El Yunque Editora, Buenos Aires, 1974.